

PIEL

FORMACION CONTINUADA EN DERMATOLOGIA

www.elsevier.es/piel



Historia de la dermatología

La alopecia en la antigua Roma

Alopecia in ancient Rome

Xavier Sierra Valentí

Dermatólogo y Licenciado en Humanidades

La alopecia androgenética es un tema habitual de consulta. Quedarse calvo suele ser considerado un estigma, y es precisamente esta valoración, de alto contenido simbólico, lo que frecuentemente está en la base de esta preocupación. Pero no se trata sólo de un problema moderno. Ya en la Edad Antigua preocupaba la pérdida de cabello, y era una obsesión para los romanos, que la relacionaban con la pérdida de virilidad y de poder.

La calvicie de los césares

Los romanos estaban muy preocupados por la calvicie. Es una preocupación común a todas las civilizaciones del mundo antiguo y que persiste también en la actualidad. Las causas de esta preocupación tal vez deban buscarse en la carga simbólica del pelo. En Roma se consideraba la cabellera directamente asociada a la masculinidad, la fertilidad y la valentía, virtudes que estaban representadas por el león, con su abundante melena. Eran virtudes directamente asociadas al vigor, la juventud, el poder y la belleza. Ovidio afirmaba: «Feo es el campo sin hierba, y el arbusto sin hojas y la cabeza sin pelo» (Ovidio, *Arte de Amar*, 3, 249-250).

Julio César dedicaba largas horas de tocador a arreglar sus escasos cabellos y a disimular sus entradas. Según Suetonio, «no se resignaba a ser calvo, ya que más de una vez había comprobado que esta desgracia provocaba la irrisión de sus detractores» (Suetonio, *Vida del Divino Julio*, 45) y obtuvo del senado el permiso para llevar permanentemente la corona de laurel, que disimulaba su escasez capilar.

La calvicie tendía a asociarse con la senilidad, edad en la que aumentaba la prudencia y el sosiego a expensas del valor. Pero en el caso de César no era óbice para una activa vida sexual. Su promiscuidad sexual era proverbial (de él se decía que era el varón de todas las mujeres y la mujer de todos los

hombres). Cuando Julio César hacía sus entradas triunfales en Roma, se decía: «Romanos, guardad a vuestras mujeres: llega el adúltero calvo».

En una moneda de un denario acuñada en 44 a.C., César (que en aquel momento tenía 56 años) aparece peinado hacia delante intentando cubrir su escaso cabello, con la calva medio cubierta también por la corona de laurel. En cambio, no se ocultan las profundas arrugas de sus mejillas y su cuello. Las arrugas eran aceptadas por los romanos como un signo de dignidad y solemnidad (*gravitas*), y en cambio la calvicie era vista como una enfermedad. Plutarco llegó a comparar la calvicie con la ceguera¹.

En la dinastía julio-claudia, encontramos diversos casos de alopecia androgenética. Tiberio, por ejemplo, tuvo un carácter depresivo que Marañón relacionaba con su prematura calvicie². Según la descripción de Tácito, Tiberio presentaba una alopecia de la zona frontoparietal y el pelo bastante largo por detrás. El emperador disimulaba su calvicie echándose el pelo hacia delante, en forma de flequillo, como muchos miembros de su familia. Además tenía la cara llena de eritemas (¿tal vez una dermatitis seborreica?). Parece ser que uno de los muchos acusados tras la conspiración de Sejano, un tal L. Cesiano lo fue por haberse burlado en público de la calva del emperador (Dion Casio, 22, LVIII, 19) (fig. 1).

Los bustos imperiales de la época claudia tienden a disimular habitualmente la alopecia, en un gesto adulatorio. Los flequillos sobre la frente eran comunes y remedaban la imagen estereotipada (y probablemente idealizada) de Augusto, que se valió repetidamente de las imágenes y las estatuas como un instrumento de propaganda política³. El peinado de los césares, pues, además de disimular la calva, constituía también una declaración política^{4,5}.

Como vemos, la costumbre de los calvos de dejarse el cabello largo en las zonas occipitales y temporales para recubrir las áreas alopecicas estaba muy extendida, no sólo



Figura 1 – Tiberio, peinado con el típico flequillo de la familia julio-claudia, útil para disimular su incipiente alopecia androgenética frontal. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid.).

entre los emperadores y las clases dirigentes, sino también entre el pueblo. Marcial satirizaba este camuflaje:

«Recoges de aquí y de allí los pocos cabellos que encuentras y velas el amplio espacio de tu pelada con lo que te crece en las sienes: pero vuelven a su sitio movidos por el viento y ciñen aquí y allí con grandes mechones la cabeza desnuda... confesa tu edad... No hay nada peor que un calvo con greñas» (Marcial, *Sátiras*, X, 83).

Séneca, por otra parte nos ha legado una descripción de un Calígula hirsuto y calvo, en la que destaca «la fealdad de su cráneo desértico, que parecía haber llorado para conservar algunos oasis». A esta plástica descripción, añade que «su nuca estaba llena de crines». Este parece ser un carácter común a la familia claudia, que solía presentar una nuca bastante poblada, contrastando con la calvicie general.

La combinación de alopecia e hirsutismo (que coincidiría probablemente con lo que hoy conocemos como síndrome SAHA) era tan acusada en Calígula que delante de él no se podía mencionar a las cabras, ya que el emperador lo consideraba una alusión a la abundante vellosidad de su cuerpo y una ofensa capital, que podía acarrear funestas consecuencias y severos castigos a quien se atreviera a hacerlo⁶ (Suetonio, *Vida de Cayo*, 50).

Tampoco la dinastía flavia se libró de la alopecia. Vespasiano, general que alcanzó la púrpura de emperador a

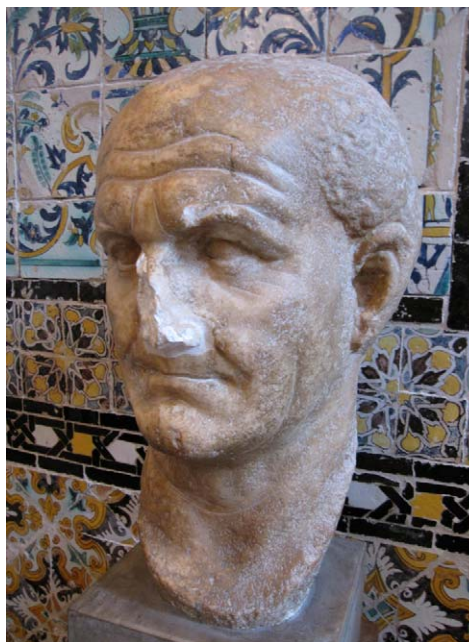


Figura 2 – Vespasiano. Sus escasos cabellos apenas conseguían disimular su calva (Museo del Bardo. Túnez).

los 60 años, presentaba una franca calva (fig. 2). También su hijo Tito presentaba marcadas entradas (fig. 3), que no se ocultan del todo en sus bustos. Hay que señalar que, mientras en los primeros años del imperio la representación de los césares estaba claramente idealizada y se suavizaban algunos detalles como la pérdida de cabello, durante la época flavia se retorna a un realismo más estricto, de raíz republicana.

El otro hijo de Vespasiano, Domiciano, presentaba una alopecia aún más acusada. Estaba tan obsesionado por



Figura 3 – Retrato del emperador Tito. Obsérvense las profundas entradas frontoparietales. (British Museum, Londres.).



Figura 4 – El emperador Domiciano usaba habitualmente peluca. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid.)

disimular su calva que llegó a escribir un libro sobre el cuidado del cabello (*De cura capillorum*). Su preocupación por el cabello aumentó mucho tras su subida al poder, ya que parece ser que «se afeó mucho a causa de su calvicie» (Suetonio, *Vida de Domiciano*, 18). Al parecer, su aspecto también se alteró por una importante obesidad y una gran delgadez de piernas.

Juvenal se refiere a él como «el Nerón calvo»:

«Cuando ya el último Flavio laceraba el orbe medio exprimido y Roma era sierva de un Nerón calvo...» (Juvenal, *Sátiras*, IV 37-38).

Domiciano tenía la costumbre de peinarse hacia delante para disimular su calva, y también sabemos que usaba pelucas, cosa que puede verse en los escasos bustos que de él nos han llegado y pudieron sobrevivir a la *damnatio memoriae* decretada tras su muerte.

Otros emperadores romanos habían recurrido al uso de pelucas, como por ejemplo Otón (fig. 4), uno de los cuatro emperadores que pugnaron por el poder en el convulso año 69 d.C., antes de la instauración de los flavios⁷. Suetonio dice de él: «tenía el cuerpo totalmente depilado y sobre la cabeza, por la escasez de pelo, llevaba una pequeña peluca, hecha a medida y bien adherida, y así nadie se daba cuenta» (Suetonio, *Vida de Otón*, XII). Otro de los cuatro emperadores, Galba, también era calvo (Suetonio, *Vida de Galba*, XXI).

El uso de pelucas, especialmente las pelucas rubias confeccionadas con pelo de las esclavas y prisioneras galas, estaba bastante extendido en el Imperio Romano. A partir del

siglo I d.C. se puso de moda que las damas romanas se tiñeran el pelo de rubio dorado. Para conseguirlo usaban costosas lociones espumantes traídas de la tierra de los Catti (actual Hessen) o mezclas de sales de plomo, ceniza de haya y grasa de cabra, aunque las más modestas se conformaban con la clásica infusión de cáscara de nuez o henna⁸. También algunos hombres recurrían a la henna para teñirse los cabellos y aparentar juventud y disimular así la calvicie y las canas. Pero no siempre esta costumbre era bien vista. Marcial lo ridiculiza en algunos de sus epigramas tachándolo de afeminamiento (VI, 74; VII, 57). También criticaba el uso de peluca¹ («No hay nada más chocante que un calvo con peluca») y recomendaba conformarse con la calvicie: «Conténtate con verte como eres realmente y deja que el barbero se lleve el resto de tu pelo».

Marcial también nos ha dejado múltiples epigramas dedicados a los calvos:

«Te vi hace poco, solo en el tendido,

y creí ver, Labieno, tres personas.

Fue tu calva, la causa: a la derecha

y a la izquierda, dos lindos matorrales

que un muchacho envidiara. Mas en medio,

pelado y liso el meloncillo luce,

sin la sombra siquiera de un cabello»².

El poeta alude aquí a la conocida calva hipocrática que afecta a la zona frontoparietal respetando las zonas temporales y occipital.

El mito de la Venus calva

Según Macrobio, en Roma y Chipre había estatuas de Venus calvas, representando una divinidad andrógina, con pechos, calva y con barba, montada a caballo y con un peine en la mano (fig. 5). La significación de esta advocación de Venus permanece oscura, aunque hay quien cree que hay que relacionarla con la costumbre de las mujeres romanas de raparse la cabeza para librarse de los piojos o de alguna otra enfermedad⁹. Para otros, el culto a la divinidad andrógina estaría relacionado con los ritos de matrimonio.

En cualquier caso, el culto a la Venus calva se originó en una curiosa leyenda, que recogió Servio:

«Cuando los galos asediaron el Capitolio y pusieron en fuga a los romanos no había cuerdas para descender por las

¹ *Mentiris iuuenem tinctis, Laetine, capillis, tam subito coruus, qui modo cycnus eras. Non omnes fallis; scit te Proserpina canum: personam capiti detrahet illa tuo.* Marcial (*Epigramata* III, 43).

² *Solum te, Labiene, tres pulavi. Calvae me numerus tuae fefellit: Sunt illiinc tibi, sunt el hinc capilli Quales vel puerun decere possuni: Nudumst in medio caput, nec ullus In longa pilus urea notatur.*



Figura 5 – Peine romano del siglo I-II d.C. (Museo de Londres.).

murallas. Entonces las mujeres, encabezadas por Domicia, cortaron sus cabellos e hicieron una soga con ellos (...). Otros cuentan que antiguamente las mujeres cortaban sus cabellos por la tiña y que el rey Anco dispuso que su esposa ofreciera a modo de ofrenda una estatua calva. Puesto que luego se comprobó que el cabello volvía a crecer en las cabezas de las mujeres, fue así como se instituyó el culto a Venus calva».

A la luz de la endocrinología actual, las Venus calvas podrían relacionarse con un síndrome de déficit parcial de 21- α -hidroxilasa, aunque en la interpretación de los mitos debe siempre prevalecer el criterio simbólico y no debemos caer en la tentación de sustituir la visión mítica por nuestra moderna concepción científica del mundo.

La cabeza calva también se ha interpretado como una representación fálica, muy frecuente en el mundo romano. El

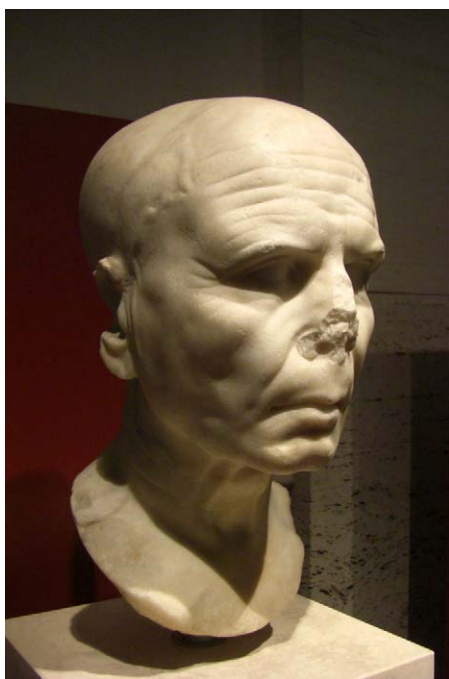


Figura 6 – El naturalismo romano no escondía la calvicie en los retratos de los viejos cuando no tenían significación política. Retrato de patricio. (Palazzo Massimo, Roma.).

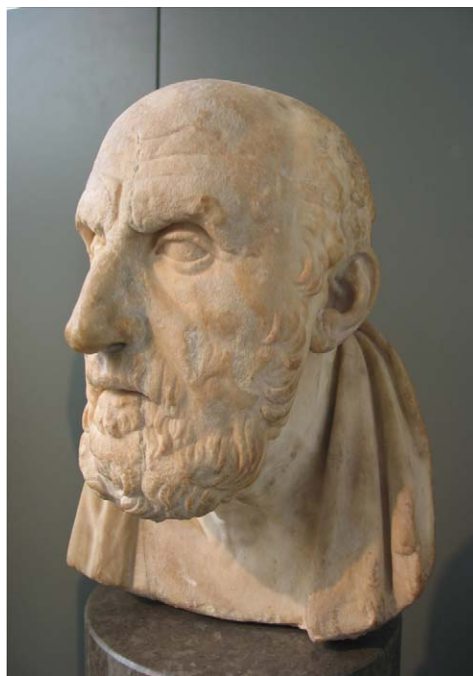


Figura 7 – La calvicie era tolerada entre los intelectuales, como médicos o filósofos. Busto de Hipócrates. (British Museum. Londres.).

peine sería entonces una referencia a la vulva, que se podría entender como una exaltación de la androginia y de ciertos rituales de bodas. En general, el mito de la Venus calva transmite que las mujeres se comportan como hombres. El rapado de su larga cabellera equivale a la renuncia a su feminidad (figs. 6 y 7).

BIBLIOGRAFÍA

1. Cockayne K. Experiencing old age in ancient Rome. Routledge classical monographs. 2003;14.
2. Marañón G. Tiberio, historia de un resentimiento 10.^a ed. Madrid: Espasa-Calpe; 1972. p. 232.
3. Zanker P. Augusto y el poder de las imágenes. Madrid: Alianza; 2005. p. 58-66.
4. Schröder SF. El retrato de los emperadores romanos y su papel y significado político. En: Rostros de Roma. Retratos romanos del Museo Arqueológico Nacional. Madrid: Ministerio de Cultura; 2008. p. 48-55.
5. Ruiz-Nicoli B. Flequillos, barbas y trenzas. Notas sobre moda y peinado en la Roma antigua. En: Rostros de Roma. Retratos romanos del Museo Arqueológico Nacional. Madrid: Ministerio de Cultura; 2008. p. 56-65.
6. Scarre Ch. Chronicle of the Roman Emperors. The Reign-by-Reign record of the rulers of Imperial Rome. London: Thames & Hudson; 1995. p. 36.
7. Giordano C, Casale AA. Profumi, unguenti e accocciature in Pompei Antica 2.^a ed. Roma: Bardi; 2005.
8. Benaiges A. Tintes capilares. Evolución histórica y situación actual. Disponible en: <http://external.doyma.es/pdf/4/4v26n10a13112892pdf001.pdf>
9. Perea S. El sexo divino. Madrid: Alderabán; 1999. p. 59-63.